

el protector de las letras; como Constantino y Teodosio, los protectores de la Iglesia; como Justiniano, el legislador. En su concepto, «era necesaria en la gloria la variedad;» pero desde muy joven tenía «una secreta predilección por las armas,» predilección que deplorará en su confesión suprema: «He amado demasiado la guerra.»

Para él y para sus contemporáneos, la gloria de las armas es más hermosa y más propia de reyes que las otras; «la cualidad de conquistador es considerada como el más noble y el más elevado de los títulos.» Un rey hace la guerra en cumplimiento de sus funciones, de su empleo, por decirlo así. Luis XIV, cuando firma la paz, se alaba de que «su amor paternal» á sus súbditos haya prevaecido sobre su «propia gloria;» sus súbditos le felicitan por ello, como si hubiese realizado un sacrificio y dispensado un beneficio meritorios, y él, para indicar que la guerra es cosa enteramente suya, les da las gracias por su «ayuda.» Todo admira y celebra la gloria de las armas, el *Tedéum* de las iglesias, las odas de los poetas, el arte de los pintores, de los escultores y de los arquitectos. El rey adopta actitudes convenientes delante de los pintores, de los escultores y de los poetas que esperan su gesto y que habiendo agotado el repertorio de las alabanzas le suplican que descanse un momento:

«Gran rey, cesa de vencer, ó yo ceso de escribir:»

Sólo una fuerza habría podido refrenar ese orgullo fatal y esa pasión de la gloria, la religión; pero la religión, tal como la comprendió Luis XIV, aun agravó el orgullo.

El rey no era todavía «devoto» en 1661, y aun parecía entonces que nunca había de serlo, pues estaba consagrado por entero á la gloria, al trabajo, al amor y á las fiestas. Iba de París á Saint-Germain, á Chambord, á Fontainebleau, á Versailles, abandonando cada vez más, en tanto llegaba el momento en que la dejaría y renegaría de ella, la capital que la Fronza había deshonrado. El primer verano, pasado en Fontainebleau después de la muerte del cardenal, fué delicioso. La señora de La Fayette ha relatado aquellas jornadas en que toda la corte se iba al bosque, se bañaba en el río y regresaba á palacio; el rey y los jóvenes acompañaban á las damas, que montaban á caballo, elegantemente vestidas, con mil plumas en la cabeza. Después de cenar, iban todos en calesas á pasearse por el canal durante una parte de la noche, al son de las lentas tocatas de los violines, y en estos paseos nocturnos, el rey «se colocaba junto á la calesa de La Valliere, cuya portezuela estaba abierta, y como la escena pasaba en la obscuridad de la noche, le hablaba con mucha comodidad.» Para la Valliere, la primera de las favoritas oficiales, dió el rey en la primavera de 1664, en Versailles, que entonces era un pequeño palacio en un sitio no muy vasto, la fiesta de los «Placeres de la Isla encantada,» que duró nueve días y fué deslumbradora y original. Moliere fué en ella el actor principal; montado en un carro alegórico, representó al dios Pan, el más pagano de todos los dioses, y celebró en la «Princesa de Elida» el derecho de amar á diestro y siniestro:

«En la edad en que se es amable,
Nada hay tan hermoso como amar...»

Y por último, el día 12 de mayo puso en escena los tres primeros actos de *Tartuffe*, esa comedia sacrilega que la Compañía del Santo Sacramento tenía empeño en hacer prohibir. ¿Iba, pues, á perderse el rey de Francia en la compañía de los libertinos?

Ni un minuto pensó en tal cosa. Ciertamente que no le gustaba verse contrariado en sus amores y que no era instruido en religión ni lo será jamás; pero su madre y sus confesores le habían hecho contraer costumbres piadosas, y rezaba sus oraciones mañana y tarde, pasaba el rosario, oía misa todos los días, escuchaba con atención numerosos y largos sermones y ya exigía de los jóvenes cortesanos compostura en la capilla y apariencias de devoción. Además, tenía para amar la religión esas razones personales que sin ruido, sin discusiones, inadvertidas por la conciencia, guían á los individuos. Su nacimiento había sido un milagro que el rey Luis XIII y la reina Ana, después de muchos años de esterilidad, lograron á fuerza de votos y de oraciones; por esto se le dió el sobrenombre de Deodato, y en acción de gracias la reina Ana dedicó la iglesia del Val-de-Grace «A Jesús naciente y á la Virgen Madre.» Todo esto se lo dijeron á él, como le dijeron también que era el rey cristianísimo y el hijo primogénito de la Iglesia; y como todas estas cosas eran agradables, las creyó y se convenció de que era bendito entre todos los hombres y el más cercano á Dios.

La vecindad de Dios no embarazaba á Luis XIV. Los sacerdotes le decían que era hombre y polvo, pero él no les daba crédito; y acaso lo creían ellos mismos? También les oía decir que era la imagen de la divinidad: «¡Oh, reyes, sois como Dioses!» Sus deberes para con Dios los expresó por medio de máximas singulares como ésta: «Dios es infinitamente celoso de su gloria y si nos ha hecho tan grandes, ha sido quizás para que nuestros respetos le honrasen más.» De manera que, sin el menor reparo, con sinceridad evidente, establece entre Dios y él el régimen de reciprocidad, creyendo que, hasta cierto punto, Dios necesita de él. Después de haber relatado sus primeros éxitos, añade que se creyó obligado á darle las gracias y enumera toda una serie de actos de su gratitud, á saber: regla adoptada para reducir «las gentes de la Pretendida Religión Reformada» á los términos precisos del Edicto de Nantes; prohibición de asambleas hugonotes, limosnas hechas á los pobres de Dunkerque para volverlos al catolicismo, gestiones cerca de los holandeses en favor de los católicos de Güeldres y dispersión de las «comunidades en donde se fomenta el espíritu de novedad de los jansenistas.» Esto indica, de una parte, una pobre idea de Dios á quien el rey supone ofuscado por la pasión de la gloria, ni más ni menos que un miserable mortal, y, de otra, un concepto elevado de sí mismo, y por la combinación de una y otro un programa temible que se cumplirá durante todo el reinado. Pero Luis XIV quiere, además, que se sepa que con ocasión del jubileo «asistió á una procesión á pie, acompañado de sus servidores;» parece como si creyera que Dios, desde el cielo, inclinando su blanca cabeza, ha mirado, no sin cierto placer de amor propio, como el rey de Francia se tomaba la molestia de aquella caminata á pie.

Dotado de belleza, vigor y gracia, de un fondo no malo, de un sentido justo y recto; animado del amor al

oficio, de la idea noble del deber profesional y de la aplicación á este deber; pero con una educación moral casi nula y una educación política insuficiente, y sobre todo con esa religión, esa pasión de la gloria, ese orgullo, esa herencia del pasado que gravita sobre una persona, después de todo ordinaria, y que no tiene en sí misma elementos con que contrapesar esa fatalidad poderosa y pesada; esa persona en peligro de ser perversa; peligro de que el egoísmo degenera en una adoración de sí mismo, de que el sentido justo y recto se ciegue, de que el amor al oficio y la aplicación al deber se desvían de los fines serios y grandes para inclinarse á las satisfacciones del orgullo puro, de que la prudencia se vea obligada á emplearse en precauciones y artificios para preparar ó reparar las imprudencias; peligro de una conducta y de una política sin más mira que los ditirambos y los arcos de triunfo..., tal se anunciaba, encantador é inquietante, aquel á quien se denominará el gran rey. Este sobrenombre hay que dejárselo; pero es muy digno de observarse que nadie haya dicho de Luis XIV que fué un gran hombre. Es grande como rey, como oficiante de la monarquía; las glorias de los antepasados, la riqueza, la fortuna y la belleza de la Francia le revisten de un esplendor, que lleva como el traje que le corresponde. Es el gran sacerdote creyente del culto del cual es idolo, y como tal le anima una fe tranquila y es impecable en el cumplimiento de los ritos. No en vano se propuso demostrar, como ha dicho, «que todavía hay un rey en el mundo,» ya que en efecto es el tipo de ese personaje que se llama rey, y lo es no sólo para su época, en que los reyes imitaron su palacio, su corte, su persona, sus gestos, su aspecto todo, sino también para todos los tiempos. Constituye un documento y un testimonio brillante en la historia de la potestad monárquica que es asimismo la historia de la sorprendente aptitud de los hombres para admirar y obedecer; pero despojado de la realeza, es un «hombre de bien» como había muchos en aquel entonces en la corte y en la capital y de quien no hacen caso ni La Bruyere ni Saint-Simón.

CAPITULO II

EL PRIMER MINISTERIO (I)

Desde hacía tiempo, «deseaba y temía á la vez» Luis XIV el momento de entrar en escena:

«Prefiriendo sin duda en mi corazón, ha dicho, á todas las cosas y hasta á la vida una alta reputación, si es

(I) FUENTES: Los documentos anteriormente citados, en especial las *Mémoires* de Luis XIV, de la señora de Motteville, de Brienne (Luis Enrique de Lomenie, conde), del padre de Choissy, el *Journal fait par chacune semaine* y las *Relazioni* de los embajadores venecianos. El segundo tomo del *Journal d'Olivier Lefèvre d'Ormesson*. Las cartas de Luis XIV en el tomo V de sus *Œuvres*.— El primer tomo de Clement, *Lettres* (para Colbert antes de 1661), el segundo (para el arresto de Fouquet). Los *Mémoires au Conseil* de 1661, t. I, publicados por J. de Boislière («Société de l'Histoire de France») han aparecido estando en prensa este tomo.

OBRA DE CONSULTA: Las de Cheruel y de Lair, citadas anteriormente, pág. 35. — I. Clement, *Histoire de Colbert et de son administration*, 3.^a ed., París, 1892, 2 vol. — Colbert, *intendant de Mazarin, Colbert avant le Ministère, Comment travaillait Colbert*, en la «Revue de Paris», números de 1.^o de septiembre y 15 de octubre de 1896 y de 15 de noviembre de 1901.

que podía conquistarla, pero comprendiendo al propio tiempo que mis primeros pasos echarían los cimientos de la misma ó me harían perder para siempre hasta la esperanza de alcanzarla...»

Algunas horas después de la muerte del cardenal convocó á las principales personas de la corte y del Estado y ordenó á los secretarios de Estado y al superintendente de hacienda que no firmaran nada y al canciller que nada sellara sin su mandato. Y al presidente de la Asamblea del clero que le preguntaba á quién habría de dirigirse en lo sucesivo para arreglar los asuntos, le respondió: «A mí, señor arzobispo.» Estos «primeros pasos» fueron acertadísimos; Luis XIV había triunfado en su debut como rey.

Muy pronto se supo que sólo escogía tres personas para el «Consejo Supremo,» Fouquet, Miguel Le Tellier y Hugo de Lionne.

Le Tellier tenía cincuenta y ocho años; hijo de un consejero del Tribunal de los Subsidios, sus primeros empleos fueron en la magistratura, habiendo sido consejero del Gran Consejo, procurador del rey en el Chatelet de París y relator en el Consejo de Estado. La intendencia del Piamonte, entonces ocupado por los ejércitos franceses, que le fué conferida en 1639, puso de manifiesto sus dotes de administrador militar; tres años después, comenzaba á ejercer el cargo de secretario de Estado del departamento de guerra, en el que se mostró apasionadamente laborioso, muy inteligente y reformador. Durante los disturbios de la menor edad del monarca permaneció fiel á la reina y al cardenal. Era un hombre en extremo sagaz, que había visto muchas cosas y las había mirado atentamente, y se servía admirablemente de la experiencia que había adquirido en materias de justicia, de administración, de guerra, de política y de corte. «Hombre sensato, sin sombra de vanidad, lleno de prudencia,» vivía en la antigua sencillez de los magistrados, no toleraba cerca de él ningún fausto y sus modales eran afables y corteses. De su esposa Isabel Turpin, hija del consejero de Estado, Juan Turpin, tenía tres hijos; su hija se casó con el duque de Aumont, uno de los más ilustres nombres de Francia; y su hijo primogénito, el marqués de Louvois, nacido en 1639, tiene asegurado desde 1654 el privilegio de suceder á su padre en el desempeño de su elevado cargo. El padre, poco á poco, le ha ido dejando el trabajo, y en 1661 éste pesa casi por entero sobre él. Al joven secretario de Estado no se le reconoce «tanto talento como á su padre;» pero es «prudente, aplicado y bienquisto del rey,» que le da lecciones y se cree su maestro; el padre se guarda muy mucho de hacer ver que interviene en esta educación. El menor de los Tellier abrazó la carrera eclesiástica; será un gran prelado, arzobispo de Reims, pero se observa que aun no se halla en posesión de abadías. El embajador veneciano cree que el padre no ha querido que las posea, por temor «de aparecer demasiado interesado y de excitar el odio por su afán de enriquecer su casa que, por otra parte, es en extremo rica;» y añade que puede decirse que «Le Tellier vive á la vez en grande y modestamente,» pero es que el ministro sabía cómo debía vivirse delante del nuevo soberano.

Hugo de Lionne nació en 1611, de una antigua familia delfinesa. Su padre Artús de Lionne, consejero

del Parlamento de Grenoble, se casó con Isabel de Servián, hermana de Abel Servián, procurador general del citado Parlamento, que fué más adelante uno de los grandes personajes de la administración, de la diplomacia y de la hacienda durante los ministerios de Richelieu y de Mazarino. Isabel de Servián murió al año de haber dado á luz á su hijo Hugo, y entonces su viudo se ordenó de sacerdote, siendo primero coadjutor del obispo de Gap, á quien sucedió en 1637. Su tío Abel se hizo cargo de Hugo de Lionne, á quien llamó á su lado cuando acababa de ser nombrado secretario de Estado de la guerra. Hugo tenía en aquella sazón diez y nueve años, y como Fouquet, como Louvois, como Seignelai, el hijo de Colbert, y como la mayoría de los grandes servidores del rey, aprendió desde muy joven los negocios públicos y recibió una excelente educación de ministro.

En 1631 acompaña al Piamonte á su tío encargado de una misión difícil cerca del molesto duque de Saboya, y de regreso en Francia permanece en la secretaría de guerra hasta la desgracia de su tío, que sobreviene en 1636 y dura algunos años. Trasládase entonces á Roma y pasa cuatro años en aquella capital adonde iban á parar todos los asuntos y en donde había el mayor número de hombres ejercitados en la habilidad política. Allí conoció á Mazarino, quien reconoció en seguida en él una personalidad digna de ser utilizada. En 1642, Lionne va á Italia para arreglar un conflicto que ha surgido entre las cortes de Roma y de Parma, y cuando al cabo de un año vuelve á París, Mazarino le nombra consejero de Estado, y además consejero y auxiliar suyo. Desde entonces Lionne es, por decirlo así, el secretario de la diplomacia francesa y lo será hasta su muerte; muchos centenares de tomos de la correspondencia con todos los países están llenos de su escritura precipitada y nerviosa.

La primera grande obra en que intervino fué la paz de Westfalia, y bien puede decirse que, de la parte de Francia, fué uno de los principales y quizás el principal obrero de la misma. La Fronza determinó una crisis en esta brillante fortuna. Hemos visto (1) que á Lionne, que permaneció en la corte durante el destierro del cardenal, se le acusó de haber querido reemplazar demasiado á éste cerca de la reina; pero Mazarino, que no podía prescindir de él, no le guardó rencor sino que, por el contrario, apenas hubo recobrado el favor regio, le encargó de asuntos delicados unos y otros importantes. Lionne estuvo largo tiempo en Roma negociando la destitución del cardenal de Retz como arzobispo de París, y apenas de regreso en Francia, en la primavera de 1656, parte para Madrid, negocia allí la paz, y aunque no llega á concertarla, se entera perfectamente de las intenciones de la corte de España. Al año siguiente acompaña á Francfort al duque de Gramont, en calidad de embajador extraordinario y plenipotenciario, asiste á la Dieta de elección y negocia la Liga del Rhin, que se constituye en 1658. A fines del mismo año acompaña al cardenal á Lyon, en el famoso viaje de engaño en que se representó la comedia del matrimonio de Saboya, y él es el encargado de hacer entender á la duquesa madre que Luis XIV no será para su hija (2). En junio

(1) Véase anteriormente, pág. 22.

(2) Véase anteriormente, págs. 32 y 33.

de 1659, Luis XIV, en recompensa de los servicios prestados al rey difunto, «en empleos y circuntancias muy importantes;» y á él mismo en las negociaciones «concernientes al reposo universal de la cristiandad... y á las ventajas de esta corona,» le «constituye, ordena y establece uno de los ministros de su Estado para que, como tal, tenga entrada, asiento y voz deliberativa en todos sus consejos.» Al mes siguiente, Lionne acompaña al cardenal, que va á negociar la paz de los Pirineos y él es quien ha encontrado el «mediante» del contrato de matrimonio.

De suerte que Hugo de Lionne ha conocido por sus propios ojos á los italianos, á los españoles y á los alemanes y habla de ellos como hombre que en efecto los ha visto, que conoce los personajes y los problemas europeos y las interioridades de las cortes. Conoce los principales idiomas, tiene ingenio, imaginación y flexibilidad, pero también grandeza y audacia en las combinaciones, y una propensión á la impertinencia altanera. «Su afición le impulsa á los modos de obrar vigorosos,» dice el embajador veneciano, y no se abstiene de realizarlos porque conoce «la fuerza del rey y la debilidad de los demás príncipes.» También él es un gran trabajador; pero, á diferencia de Le Tellier y de Colbert, es al mismo tiempo aficionado á gozar de los placeres de la vida. Rico por su mujer, que fué una persona escandalosa, gran jugador, arruinado varias veces, amante de la buena mesa y muy dado á los amoríos, se agotará en esta mezcla de trabajo y de fiestas; en efecto, pronto se le verá «extenuado de fatiga y pálido,» sin más que una «piel tenue» sobre los huesos, y como «reducido al espíritu y á la inteligencia.»

La conducta imprevista que el rey había adoptado divertía á la corte: «La mayor parte, dice el monarca, consideraba la asiduidad de mi trabajo como un calor que no tardaría en calmarse.» Fouquet esperaba el momento de esta calma; había confesado al joven soberano los pasados desórdenes, bien que excusándose con las circunstancias y con las órdenes del cardenal, y el rey había perdonado, ó aparentado que perdonaba, mediante la promesa de que nada se haría en la hacienda sin orden suya. El superintendente se entregaba á su esperanza secreta; pero, desgraciadamente para él, otros la hacían pública; así los embajadores propalaban en el extranjero la noticia de que sería ministro «con una autoridad tan absoluta como la del difunto cardenal.»

Alguien, empero, le vigilaba con deseos de perderle, y este alguien era Colbert. Juan Bautista Colbert tenía cuarenta años y había nacido en Reims, de una familia humilde. Después de haber hecho sus ensayos, según parece, en el comercio y en la banca, había entrado en las oficinas de Le Tellier, secretario de Estado del departamento de guerra y desde allí había pasado al servicio del cardenal, de quien llegó á ser intendente, poniendo orden en los enredados asuntos de Mazarino y rehaciendo y aumentando por medios no muy honrados, ni mucho menos, la inmensa fortuna de su señor. Al propio tiempo se enriquecía, demasiado de prisa por cierto, y era nombrado consejero de Estado, señor y marqués de Seignelai; construía un palacio y le gustaba decir «mis súbditos,» «mis habitantes,» «mis vasallos,» «mi río,» «mis horcas patibularias.»

Colbert seguía siendo, sin embargo, un hombre de vi-

da severa y de ceño adusto; la señora de Sevigné le llamaba «el Norte.» No desarrugaba el entrecejo sino cuando estaba en su mesa de trabajo, á la que se sentaba frotándose las manos: «Mi natural inclinación, decía, me impulsa de tal manera al trabajo, que todos los días reconozco... que es imposible que mi espíritu pueda vivir en la ociosidad ó en el trabajo moderado.» Efectivamente, fué un trabajador inverosímil: «Es preciso trabajar mucho,» añadía, y ajustar la vida con mira al trabajo; «un poco de ejercicio moderado, una gran sobriedad, comer despacio y tomar el aire y purgarse suavemente cuando se tienen una ó dos horas de descanso.» Después de vacilar acerca de si es mejor trabajar por la mañana que por la noche, resolvió que era preciso «trabajar de madrugada y acabar tarde.» Agradábanle los trabajos difíciles: «Os agradezco, escribía al cardenal, que me deis en qué ocupar mi inteligencia en materias fáciles, porque la dificultad aumenta el placer que aquélla experimenta encaminándolas.» Con mucha frecuencia emplea las palabras «desenredar,» «desembrollar,» «desenterrar» un asunto.

En él es visible uno de los caracteres del espíritu francés en el siglo XVII, ó sea la necesidad de buscar en todo, en las letras, en las artes, en religión, en política, un método para guiar los sentimientos, las ideas, los negocios, y de explicarse á sí mismo y explicar á los demás lo que se hace. Para cada asunto forma «una cartera,» un expediente como hoy decimos, y en ella clasifica los hechos por «especies;» á propósito de un accidente ocurrido en el mar, recordará todos los accidentes y dirá: «Los puse en seguida por escrito.» Asimismo clasifica todos los abusos, todas las faltas que observa, remonta á las causas de los mismos y señala los remedios. Además, en todas las cuestiones hace buscar los antecedentes históricos para conocer la razón de ser y la fuerza de resistencia de tal ó cual cosa que le ofusca y mortifica; y cuando tiene todos los datos necesarios, se pone á «pensar con reflexión,» á «pensar continuamente,» á «pensar y á meditar bien,» «con aplicación,» «con penetración.» Estas palabras son suyas y las repite frecuentemente. En cuanto se ha formado idea clara de un asunto, toma pluma y papel, pues como los verdaderos metódicos que temen las escapatorias de la inteligencia, no piensa bien sino escribiendo. Escribió centenares de volúmenes, ora «máximas,» reglas de conducta basadas en la experiencia y que son «principios ciertos y hijos;» ora largas memorias, que son exposiciones de grandes asuntos; y sobre todo despachos comunicando órdenes. En las memorias y en los despachos se pone «en el lugar de aquel á quien escribe para saber si entenderá claramente las órdenes que le da.» Es menester, decía, «dividir las materias, clasificarlas bien en su orden natural.» Así que un despacho ó un reglamento están redactados, es necesario expedir «prontamente,» «inmediatamente,» «expedir algo todos los días (1).»

La recompensa de este trabajo prodigioso, que le marcará, la encontrará en «la belleza de lo que se hace y en las ventajosas consecuencias que el trabajo trae consi-

(1) Las citas de este pasaje están tomadas de Clement, *Lettres...* en el t. III, 2.ª parte, en donde están reunidas las admirables instrucciones que dió á su hijo Seignelai.

go.» Por otra parte, antes de ponerse á trabajar ya gozaba: «La voluntad es la que da placer á todo lo que debe hacerse, y el placer es el que da aplicación;» y esta teoría de la voluntad, señora del alma y del cuerpo, la toma de la filosofía de la época, porque es cartesianiana, y del teatro, porque es corneliana. Colbert, que en medio de la pompa del reinado será el ministro de las realidades substanciales, tenía el espíritu filosófico.

Su educación escolar había sido mediocre, como su cuna; debió ser un mal alumno en el colegio de los jesuitas, que no lograron hacerle aprender el latín ni la mitología. Es un hombre nuevo, sin preocupaciones de respeto, y en extremo osado, hasta revolucionario, en su fuero interno; durante el tiempo que estuvo al servicio del cardenal, observó todo el gran desorden y ahora se propone realizar una reforma total del reino. Por lo demás, como carece de probidad, es capaz de negras perfidias, de violencias y de bajezas, y todos los medios le parecerán buenos para llegar al fin; este fin era emplear la gran fuerza que en él residía y sacar de ella provecho y gloria, pero también dar cuerpo y vida á su idea, original y grande. Será el hombre que se afana y que sufre en la voluntad de llevar á cabo una obra.

El arreglo de los asuntos de Mazarino le proporcionó en seguida fácil acceso cerca del rey, á quien el cardenal se lo había recomendado. Era asimismo una recomendación el hecho de que Colbert fuese una persona de más baja condición que Le Tellier, de Lionne y Fouquet, pues no había sido más que «doméstico del señor cardenal;» de esta suerte, ningún esplendor de ninguna clase atraería sobre él las miradas debidas al soberano. Colbert conocía perfectamente á ese soberano, y por esto se mostraba muy humilde; al verle pasar con su pequeña bolsa de terciopelo negro debajo del brazo, habríase tomado por un empleado del Ahorro; pero aquella pequeña bolsa estaba llena ya de papeles de importancia. Colbert fué el consejero íntimo de los primeros momentos, dirigió los «pasos» del rey y le apuntó las palabras que había de decir. Leemos cartas y discursos de Luis XIV y los admiramos diciendo: «Esto es hablar como rey;» y sin embargo las minutas son obra de Colbert, que sin esfuerzo alguno adoptaba aquel tono, como lo adoptaron casi todos los servidores del rey, merced á la idea grandiosa que tenían de la realeza. Colbert, por otra parte, prestó al soberano el servicio de encontrarle inmediatamente dinero, del que tan necesitado estaba. Por todos estos medios, se iba acercando silenciosamente al puesto de gran favorito.

Ante todo dedicóse á perder al superintendente, que le era odioso por su modo de ser completamente opuesto al suyo y porque se interponía en su camino. Colbert ha dicho y el rey repetido que se descubrieron nuevos lactrocinos de Fouquet, pero como de ellos no se habló más tarde, cuando el proceso, es evidente que no hubo tal descubrimiento. La pérdida de Fouquet debió resolverse desde el primer día; de todos modos estaba decidida en mayo, un mes después de la muerte del cardenal.

El rey habría podido mandar prender á Fouquet el día y en la hora que hubiese querido; pero no se atrevió á hacerlo, pues aún no sabía si podía atreverse á todo. El superintendente era procurador general del

Parlamento; ahora bien; si este tribunal reclamaba el derecho de juzgarle, ¿no se reproduciría la Fronda? Y además, ¿quién sabe si Fouquet se había puesto de acuerdo con el extranjero á quien llamaría á su puerto de Belle-Isle? Luis XIV se tomó, pues, el trabajo de conspirar contra su ministro. Éste no abrigaba la menor desconfianza; así es que, á la primera insinuación, vendió sin dificultad su cargo de procurador general, y á una indicación del rey, que deseaba tener una reserva de dinero, descontó un millón del precio de aquella venta y lo llevó al Ahorro.

El rey manifestó deseos de que el superintendente le diese una fiesta en Vaux-le-Vicomte; Fouquet la dió, y demasiado hermosa ciertamente. Luis XIV vió aquella mansión llena de maravillas, la noble geometría del parque, los chorros de agua elevándose á modo de verjas á lo largo de los céspedes ó encorvándose en forma de bóvedas; vió las driadas, los faunos y los sátiros ejecutando una danza; oyó la música de Lulli y aplaudió á Moliere en *Les Facheux*; y cuando entró de nuevo en el palacio, las estrellas de un castillo de fuegos artificiales arrojaron á su paso una lluvia dorada. Después comió en vajilla de oro. Es de suponer que mientras miraba, sonreía y daba las gracias, pensó en sí mismo y en la indigencia en que vivía. Seguramente aludía á Fouquet cuando se lamentaba en sus memorias de que al principio de su gobierno muchos de los gastos de su casa y de su propia persona «ó se retrasaran contra todo decoro ó se sostuvieran merced al crédito,» al paso que los hombres de negocios que tanto se afanaban por ocultar por medio de artificios sus malversaciones, las «descubrían con un lujo insolente y audaz.» Además, aquella gran casa construída entre jardines, aquella música elegante y suave, la risa de Moliere, las fuentes que corrían, aquel esplendor, aquellas diversiones, eran cosas que el rey soñaba para sí. Todo aquello era la sensación del gusto del gran siglo, una visión del porvenir, una vislumbre de Versalles. Vaux debió parecerle á Luis XIV una usurpación y un crimen de lesa majestad.

Dícese que quería hacer prender allí mismo al superintendente; pero nada menos verosímil que esta suposición. Al contrario, aun le mimó durante algún tiempo y nombró á su hermano, el obispo de Agde, maestro del oratorio de la real capilla. Las vías y los medios para deshacerse de Fouquet fueron deliberados con tanto cuidado como si se hubiese tratado de una campaña contra Europa. Colbert escribía planes y más planes, hasta que al fin se decidió que el rey iría á Nantes para presidir los Estados de Bretaña; allí estaría muy cerca de Belle-Isle cuya ocupación se realizaría una vez dado el golpe. En Nantes, el rey mostró al superintendente, que estaba enfermo, su afecto y la inquietud que su enfermedad le inspiraba; y el 4 de septiembre, Colbert le pidió el favor de que con su crédito le procurara una cantidad, lo que Fouquet hizo inmediatamente: «En este proceder, dirá este último más adelante, no brillan la buena fe ni la humanidad.» Y en verdad que los enemigos del superintendente eran refinados en su perfidia. El día 5 de septiembre, Fouquet va á trabajar con el rey, el cual, según él mismo refería en una carta á su madre, le entretiene con varias excusas esperando á que estén en el patio De Artagnán y sus

mosqueteros y las carrozas que ha enviado á buscar; y viendo que no llegan, hace ver que busca papeles. Al fin comparece De Artagnán y entonces el rey deja salir al intendente. «Creía, dice éste en el momento de ser arrestado, que nadie estaba tan bien con el rey como yo;» pero precisamente esta creencia era uno de sus crímenes.

Al arresto de Fouquet siguió la supresión de la superintendencia, habiendo el monarca declarado repetidas veces: «Ya es tiempo de que yo mismo me cuide de mis asuntos.» Nadie dudó de que algo había variado en la monarquía: «No os costará gran trabajo, había dicho Luis XIV á su madre en la carta en que le daba cuenta de la detención de Fouquet, creer que la cosa ha dejado confusos á muchos; pero estoy muy satisfecho de que vean que *el mejor partido es serme adicto.*» Esta es para él la verdadera razón del hecho, pero acaso no comprendió bien toda la importancia del mismo. Establecíase en Francia un régimen para el cual se había encontrado un nombre, el «ministeriado;» la teoría había sido formulada por los aduladores de Richelieu; pero el régimen, temido, execrado en tiempo de éste, había llegado á ser, después de Mazarino, objeto de desprecio. Mazarino, Richelieu y el mariscal de Ancre, á quien la opinión asociaba á los dos cardenales, aparecieron como una trinidad odiosa de «mayordomos de palacio» y de «tiranos.» El cardenal de Retz acusa á Richelieu de haber destruído las antiguas leyes que establecían un equilibrio «entre la licencia de los reyes y el libertinaje de los pueblos,» y de haber formado «en la más legítima de las monarquías la tiranía más escandalosa y más peligrosa que jamás haya esclavizado un Estado.» Es muy posible que esta opinión sea justa. Un rey como el rey de Francia había de tener el espíritu conservador, había de respetar las antiguas costumbres y guardar consideraciones á los «poderes segundos» que á la sombra del suyo se movían. Estaba contento de su poder y de su majestad; y si tenía que reprimir indocilidades y hasta rebeliones, en cambio carecía de envidiosos y de enemigos personales, pues era demasiado superior á todos. Un primer ministro, por el contrario, tiene siempre que defenderse, porque necesita ser dueño «de los diez pies cuadrados del despacho del rey,» como decía Richelieu; y en la lucha con sus adversarios es implacable. Desconfía de los poderes secundarios, y siendo no un ser hereditario, continuo, sino una persona pasajera, su gobierno es personal y degenera casi forzosamente en tiranía; y si, por añadidura, es extranjero, si no tiene raíces que extraigan de la tierra la savia del pasado, es mucho más personal todavía y verdaderamente déspota, como fué Mazarino.

Al «ministeriado» se le acusó, pues, de todos los males sufridos, y el remedio á esos males pareció ser el gobierno del rey ejercido por el rey. Al monarca se le hizo ver que era una vergüenza subordinarse, y Balzac escribió en 1658 en su *Aristippe*:

«No hay cautiverio tan miserable, tan sucio, tan infame como el del príncipe que se deja dominar en su despacho por uno de los suyos: no podría ejercer más cobarde paciencia ni ser infeliz más vergonzosamente. Cuando un rey se come á su pueblo hasta los huesos y vive en su Estado como en tierra enemiga, no se apar-

CAPITULO III

EL ESTADO POLÍTICO

I. El gobierno central. -II. La acción del rey. -III. Las provincias

I.—El gobierno central (1).

En los comienzos del largo reinado en el que la realeza alcanzará el más alto grado de gloria y de poderío para descender en seguida la pendiente rápida que había de conducirla al abismo, es necesario describir siquiera someramente el estado político de Francia y los medios é instrumentos de gobierno que emplearon Luis XIV y sus ministros. La máquina política, la «mecánica,» como decía Saint-Simón, se componía de piezas viejas y de piezas recientes, mal ajustadas unas á otras. Ni Luis XIV, ni ninguno de sus ministros, exceptuando á Colbert, pensaron en hacer una máquina nueva, sino que conservaron la antigua, simplificándola y dándole una marcha más regular (2).

Auxiliaban al rey en el gobierno el canciller, los ministros de Estado, los secretarios de Estado y los consejos. El canciller era el último sobreviviente de los grandes funcionarios reales de la monarquía feudal; presidente de todos los consejos y jefe de todos los tribunales, custodiaba y disponía del sello, y todos los documentos de la autoridad real pasaban por sus manos. «Corrector é interventor de todos los negocios de Francia,» tenía el deber y el derecho de no sellar los documentos que desaprobaba. Era inamovible en su cargo, que no se le podía quitar sino por medio de juicio y con la vida; sin embargo, los reyes habían encontrado, desde hacía tiempo, un expediente para impedir que este personaje les molestara, manteniéndolo en su empleo, pero retirándole los sellos, cuando se les antojaba, y entregándoselos á un guardasellos revocable. Luis XIV no necesitará recurrir á esta precaución, pues aparte de que las costumbres ya no consentían la resistencia de nadie, el canciller Pedro Seguier, en 1661, era

ta tanto del deber de su cargo como cuando obedece á otro.»

Que el rey descienda á ser un tirano, es una gran desgracia; pero esa es cuestión suya y entre él y sólo Dios que ha «destinado á esta función á él y no á otro;» así hablaban los teóricos, que expresaban los sentimientos oscuros diseminados en el reino. Por esto causó gran alegría y esperanza el ver que Luis XIV, rompiendo con una vieja costumbre de hacía ya cuarenta años, pretendía reunir en sí mismo «las dos personalidades diferentes,» la que reina y la que gobierna, y suceder á Mazarino en 1661 como había sucedido en 1643 á Luis XIII. Varias arengas oficiales anunciaron la maravilla de un «rey que gobierna su Estado (1).»

Habiendo caído Fouquet en desgracia, reemplazóle Colbert cerca de Le Tellier y de Lionne, y de esta suerte quedó formada la «triada,» imagen en la tierra «de la Trinidad celeste,» como dice un extranjero, y que fué el principal consejo del rey, el cual no admitió en él ni á la reina su madre, que primeramente se lamentó de ello y luego se resignó, ni á su hermano, á quien decía que no «quería hacerle nada que le aproximara á él,» ni á Condé, que no pedía otra cosa que servir humildemente, pues se mostraba muy dócil en su gobierno de Borgoña y muy diligente en sus funciones de mayordomo mayor. La señora de Motteville le vió en Fontainebleau, poco después de haber recobrado el favor:

«Muchas veces el rey, las reinas, Monsieur y Madame recorrían el canal en barca dorada en forma de galera ó Sus Majestades hacían colación tomando el fresco; el señor príncipe les servía en calidad de mayordomo mayor, con tanto respeto y tanta soltura que es imposible verle obrar de este modo y acordarse de las cosas pasadas, sin dar gracias á Dios por las cosas presentes.»

El rey hubiera podido, sin peligro alguno, hacer entrar en su consejo á ese vencido que había perdido toda esperanza de desquite; pero no quiso. También excluyó de él á los mariscales, duques, pares y prelados; una toga con botones encarnados habría recordado las anteriores togas usurpadoras: «Me he propuesto no dejar entrar en mi consejo á eclesiásticos y mucho menos á un cardenal.»

Ni siquiera admitió en él al canciller Seguier, porque, dice, el cargo de canciller es «grande;» la intervención en los negocios secretos habría dado á este personaje la apariencia de un ministro principal. Luis XIV tenía un miedo casi infantil, no sólo de ser, sino hasta de «parecer gobernado,» y hacía objeto de sus sospechas á quien quiera que fuese algo por sí mismo y «estuviese persuadido de ello.» Así lo confiesa francamente:

«Creí que no me convenía escoger hombres de dignidad más eminente, porque necesitando ante todo sentir mi propia reputación, importaba que el mundo supiese, por la categoría de aquellos de quienes me servía, que no pensaba compartir con ellos mi autoridad, y que ellos mismos, sabiendo lo que eran, no concibiesen mayores esperanzas que las que yo quisiera darles.»

(1) Véase Lacour-Gayet, *L'éducation politique...* págs. 275-85 y Sée, *Les idées politiques.*

(1) FUENTES: *Les États de France*, especie de almanaque reales que empiezan á publicarse en 1648. Los diversos documentos legislativos en Isambert, *Recueil...* en los tomos XVIII y XIX. Spanheim, *Relation de la cour de France en 1690*, edición E. Bourgeois, publicada en los «Annales de l'Université de Lyon,» París y Lyon, 1900. *Las Relazioni* de los embajadores venecianos, en el tomo III.

OBRAS DE CONSULTA: A. de Boislisle, *Les Conseils sous Louis XIV*, en apéndice á los tomos IV, V, VI, VII de su edición de las *Mémoires de Saint-Simon* («Collection des Grands Ecrivains») y en tirada aparte, París, 1891, estudio excelente sobre los consejos, los ministros, los secretarios de Estado, y que inserta la bibliografía de estas cuestiones. Ancoc, *Le Conseil d'État avant et depuis 1789*, París, 1876. Conde de Luçay, *Les secrétaires d'État depuis leur institution jusqu'à la mort de Louis XV*, París, 1881. Véase también, de Noel Valois, la introducción al *Inventaire des arrêts du Conseil d'État*, París, 1886.

(2) Véase acerca del gobierno durante los precedentes reinados el tomo III de esta obra. Es imposible dar actualmente una idea de las transformaciones introducidas en el gobierno desde el siglo XVI; son complicadas y confusas, y se establecieron mediante medidas de detalle y no fueron codificadas. Se necesitarían muchos estudios como los citados en la nota anterior para ilustrar nuestra historia constitucional.—En este capítulo sólo podemos dar un bosquejo de lo que era el gobierno tal como aparece en el conjunto del reinado.